

Una visión
del Siglo XX
Venezolano

Modernización y Democracia

ARTURO SOSA

**La historia política
del siglo XX venezolano
se caracteriza
por la confrontación
entre dos vías que buscan
alcanzar el ideal común
de la sociedad moderna
y democrática.**

La modernidad tiene ya una larga vida en el mundo intelectual venezolano cuando Cipriano Castro escala la pirámide caudillista hasta la Presidencia de la República, el 22 de Octubre de 1899. Por modernidad se entiende ese esfuerzo sistemático de "superar el atraso" de las sociedades rurales mediante el desarrollo de las fuerzas productivas hacia la industrialización, concebida como un modo de producción más eficaz para proveer las bases materiales de la sociedad. Significa, también, el uso de nuevas formas de tecnología en todos los ámbitos de la vida social, el desarrollo de las comunicaciones, la expansión de los servicios públicos, cambios radicales en las formas de ocupación y trabajo. Está asociada a la introducción de la razón y el comportamiento racional como máxima instancia del auténtico comportamiento humano y, evidentemente, a la ampliación y expansión de la educación en todos los niveles y a todas las capas de la población. La modernidad exige, también, el surgimiento de múltiples y pluralistas formas de asociación social con participación masiva.

La modernización es un proceso social de una gran complejidad. Las diferentes dimensiones que conforman las características de una sociedad moderna no aparecen al mismo tiempo ni todos los miembros e instituciones de la sociedad las asimilan en un mismo instante y de la misma forma. Es un proceso social con vacilaciones, avances y retrocesos, éxitos y fracasos en todas y cada una de la enorme variedad de las relaciones sociales que conforman la trama de la historia del pueblo y la sociedad venezolanos en estos cien años.

La centralización territorial y política

La presencia de Cipriano Castro en la Presidencia de la República da inicio a la desaparición definitiva del caudillismo como el régimen político capaz de crear las condiciones de gobernabilidad de la nación venezolana. Junto con el caudillismo desaparecen también las facciones (que no partidos) liberales y conservadoras que sirvieron de parapeto a las luchas por el poder, y sustentaron las alianzas en las que se fundaron los distintos regímenes de poder hasta el triunfo de la Revolución Liberal Restauradora (1899), además de la derrota de la más impresionante conjunción de caudillos reunidos en la Revolución Libertadora (1902).

El desarme de los caudillos locales, la creación de una estructura centralizada de ejercicio del poder, basada en la lealtad incondicional de los efes locales y regionales al Jefe de la Causa y el dominio completo del territorio nacional por el Gobierno Central como presencia real del único Estado reconocido en la República, empiezan a producir las condiciones para alcanzar el nuevo orden necesario para dar un paso adelante en el progreso de la evolución histórica venezolana.

Juan Vicente Gómez sucede a Cipriano Castro en el ejercicio del liderazgo personal único y unificador por el que se mantiene el dominio territorial y la concentración del poder político, consolida el control absoluto de la violencia legítima mediante la formación del Ejército Nacional, concebido y organizado como institución profesional y moderna, amalgamado bajo la imagen bolivariana y las ideas republicanas. Se

La modernidad exige, también, el surgimiento de múltiples y pluralistas formas de asociación social con participación masiva.

produce así la posibilidad de una sucesión institucional y no personal del liderazgo político en Venezuela. Para la segunda década del mandato de Juan Vicente Gómez ya estaba suficientemente claro que su verdadero sucesor en el poder político sería quien ocupara la cúspide de la pirámide del aparato militar.

La reforma de la Hacienda Pública y la unificación del Tesoro nacional llevada a cabo bajo la dirección del ministro Román Cárdenas, completa las condiciones necesarias para el completo dominio del Estado central sobre las relaciones políticas del país.

El paso siguiente es la construcción de una red de comunicaciones de todo el territorio, cada vez más extendida, a través del telégrafo y las carreteras, que permite una presencia constante del poder central en todos los rincones del país.

Los recursos para la modernización

Los venezolanos de mi generación leímos con avidez *Venezuela, política y petróleo*, publicado por Rómulo Betancourt a comienzos de los años cincuenta. Su primera parte, titulada *Una República en venta*, se convirtió en algo así como la versión esclarecida del papel de los positivistas, Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Aprendimos a verlos como los cómplices de la explotación imperialista de nuestra riqueza subterránea. Con sus ideas embotaron a las élites, con su tiranía dominaron a la población y con su crueldad mantuvieron a raya cualquier tipo de oposición.

A medida que hemos tomado distancia de esta postura al comprenderla como necesidad política de su autor más que

análisis de las primeras tres décadas del siglo XX hemos aprendido a ver la aparición de la explotación petrolera, con sus insaciables socios extranjeros, como la oportunidad histórica de contar con los recursos necesarios para realizar aceleradamente el ansiado proyecto de modernización de Venezuela.

La mayor ventaja en la negociación petrolera fue la tradición legal española que reservó al Estado la propiedad exclusiva de los recursos del subsuelo. Sobre esta base, el Estado venezolano era el único negociador, el receptor exclusivo y el único distribuidor de la renta petrolera. Renta, porque formalmente era un ingreso recibido en razón de la propiedad del recurso y no una ganancia producida por su procesamiento industrial.

Desde el punto de vista cuantitativo la renta petrolera multiplicó los ingresos del Estado venezolano a unos niveles inimaginables desde la actividad agropecuaria tradicional. Con una Hacienda Pública centralizada, el ingreso petrolero permitió no sólo cancelar deudas y contar con recursos para fortalecer las instituciones en las que se sostenía como el Ejército Nacional, sino que convirtió al Estado y a quien lo condujera, en el actor más poderoso de la sociedad. A partir de ese momento ningún terrateniente productor venezolano pudo competir en posibilidades de acceso a recursos económicos con el Estado. Asimismo, el Estado se independizó totalmente de los productores internos para la obtención de sus ingresos y la distribución de sus recursos. El escaso desarrollo institucional del Estado hacía inoperante el equilibrio en sus decisiones a través de la división de

los poderes públicos. El Poder Ejecutivo central tenía el peso definitivo en el manejo del Estado y su Presidente las riendas de las decisiones públicas en sus manos.

Cuando en 1925 el petróleo comienza a ser el primer producto de exportación de Venezuela, se inicia la realización rentista de la modernización deseada.

Capitalismo de Estado en un país centralizado

En el contexto indicado, las diversas organizaciones e ideas vigentes en Venezuela coinciden en buena parte de lo que proponen como modelo de sociedad moderna. Sin usar la expresión, proponen un capitalismo de Estado, posibilitado por la abundante renta petrolera manejada exclusivamente por el Estado. De este modo, se propone el fomento de una economía capitalista, siguiendo el modelo de sustitución de importaciones, promovido desde el propio Estado con recursos públicos.

Las ideas en boga sobre el papel del Estado rentista, hacen que se coincida también en el modelo de Estado interventor, distribuidor, inversor, empleador, responsable de la infraestructura moderna y la expansión de los servicios públicos para toda la población.

Ese Estado debe ser gobernado por organizaciones modernas centralizadas. En ese modelo coincide la organización piramidal propia del modelo militar y la organización de los partidos políticos modernos estructurados con todas las variantes posibles del "centralismo democrático".

La presencia de compañías extranjeras en la actividad petrolera, la conciencia extendida de la importancia de la renta petrolera para impulsar la modernización, así como la percepción común sobre los enormes beneficios obtenidos y la poca exigencia del Estado venezolano, hizo que la lucha por aumentar la renta se convirtiera en una bandera nacionalista apoyada por todos los estratos de la población y todas las corrientes políticas. Así, el nacionalismo se convirtió en una enorme fuerza aglutinadora y modernizadora.

Los caminos andados

La historia política del siglo XX venezolano se caracteriza por la confrontación entre dos vías que buscan alcanzar el ideal común de la sociedad moderna y democrática. La primera lo intenta de arriba hacia abajo y la segunda propone un movimiento simultáneo de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba.

Las claves del camino que va de arriba hacia abajo son: la conducción de la élite modernizadora e iniciar el proceso por el crecimiento económico con condición de posibilidad para el desarrollo social y la maduración política. El fundamento de esta postura tiene dos pilares. Una es la convicción de que un pueblo atrasado no puede llevarse a sí mismo al progreso, necesita quien lo guíe. La guía es la élite modernizadora que tiene la preparación intelectual y la madurez política necesaria para hacerlo. El otro es la certeza de que sobre una economía atrasada no puede sostenerse una sociedad moderna, por consiguiente, la construcción de una infraestructura adecuada y el fomento de la actividad productiva, especialmente industrial, comercial y de servicios es el mecanismo que desata el desarrollo social y prepara las bases para la convivencia democrática. Mientras tanto, las organizaciones políticas como partidos o movimientos, los sindicatos, asociaciones gremiales y demás asociaciones de intereses o grupos de presión son interferencias en el proceso.

En el proceso venezolano del siglo XX varios actores políticos han intentado este camino de arriba hacia abajo: el General Juan Vicente Gómez y la intelectualidad positivista del país, los Gobiernos con presencia y apoyo sus-

tantivo de las Fuerzas Armadas y los partidos vanguardistas; los Gobiernos presididos por los Generales Eleazar López Contreras e Isaías Medina Angarita, cada uno con su estilo particular y las circunstancias del momento; el Gobierno de las Fuerzas Armadas con Marcos Pérez Jiménez como hombre fuerte, lo formuló como el "Nuevo Ideal Nacional".

Hasta 1958 se avanzó más en modernidad que en democracia. Los signos de modernización en este período quedaron impresos en la conciencia de los venezolanos hasta el día de hoy.

El populismo modernizador

La segunda vía propone un movimiento simultáneo de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba que resalta la importancia de la dimensión política del proceso. Para ello se requiere un "pueblo encuadrado" en organizaciones policlasistas a través de las cuales se logra la movilización de las masas y la participación inmediata de la gente en los beneficios de la modernización rentista. El partido populista consigue el apoyo popular a las acciones de los dirigentes que conforman la élite política dispuesta a establecer alianzas con las otras élites modernizadoras para conducir el proceso modernizador con una alta participación popular a través del voto, los sindicatos y todas las formas posibles de organización social.

En este proceso fue de especial importancia el Pacto de Punto Fijo de 1958. Significa el primer gran ejercicio de negociación política para establecer las bases de convivencia social. Se supera el sectarismo como característica predominante del comportamiento de las parcialidades políticas, incluyendo los partidos. Se pasa del uso de los golpes de Estado al voto universal como instrumento de cambio político.

Los "excluidos" de esta alianza reaccionan en diversa forma contra ella. Aquellos grupos militares que pretenden la continuidad del Gobierno de las FAN conspiran para derrocar al gobierno surgido del pacto de Punto Fijo. Los comunistas, junto a otro grupo de militares descontentos y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) forman el Frente de Liberación Nacional (FLN) e intentan la conquista del poder por la subversión armada.

El agotamiento del consenso político que sustentó la modernización rentista-populista, la caída constante de la renta petrolera per cápita y la crisis del sistema populista de partidos tuvo como efecto la generación de un perverso mecanismo de exclusión de grupos sociales.

El sistema populista de partidos políticos y conciliación de élites logra la suficiente legitimidad política para, resistir los embates de ambos lados. Su estrategia modernizadora contiene elementos que aumentan esa legitimidad: participación electoral masiva, crecimiento de diversos tipos de organizaciones políticas y sociales, enormes inversiones estatales en servicios públicos como atención a la salud, expansión de la educación gratuita, planes de vivienda popular, etc. A esto se unen planes como la reforma agraria, el compromiso del Estado con las empresas básicas y las facilidades para la actividad privada en las áreas más rentables de la economía. La abundancia de la renta petrolera permite al Estado satisfacer prácticamente todas las demandas de los diversos grupos sociales. Al mismo tiempo que combate la subversión de la izquierda comunista lanza una ofensiva internacional de defensa de la democracia representativa en el continente y de los recursos propios de la nación.

Culminación y caída

La derrota política y militar de la subversión armada, seguida de la política de pacificación, al mismo tiempo que se produce la alternabilidad en el gobierno entre los dos grandes partidos populistas por la voluntad popular expresada a través del voto, son los primeros indicadores de la llegada a la culminación de la modernización populista. La nacionalización de la industria petrolera ratifica finalmente el éxito del

proceso: "el petróleo es nuestro y vivimos en democracia" ¡Viva el populismo!

Alcanzar este estadio trajo como consecuencia la desaparición de las alternativas ideológicas y políticas al sistema populista de partidos y conciliación de élites. Ni siquiera las novedades ideológicas dentro del pensamiento socialista fueron suficientes para acicatear la formación de una nueva corriente política capaz de renovar el horizonte social del país. La sociedad venezolana se conformó con la estabilidad adquirida para administrar los logros alcanzados.

Una vez alcanzado el máximo nivel de estabilidad del sistema democrático construido, comienza el proceso de descomposición. Los partidos políticos dejan de ser organizaciones generadoras de proyectos de futuro, de ideas, y organizaciones políticas. En lugar de representar al pueblo se empeñan en sustituirlo. Se olvidan de la educación ciudadana para convertirse en administradores de una vasta red clientelar, alimentada con renta petrolera e infectada con el virus expansivo de la corrupción administrativa.

Paralelamente se gesta el proceso de agotamiento del modelo petrolero rentista. Los cambios en la economía mundial y el crecimiento de la demanda interna contribuyen a una progresiva y rápida disminución de la renta petrolera per capita, asestando un golpe petrolero mortal al pilar fundamental de la modernización rentista-populista.

A partir de este momento comienza una caída continua de los indicadores, económicos y sociales. El proceso modernizador cambia de signo para las mayorías. De ser fuente de mejoras económico-sociales y generador de expectativas de futuro se convierte en productor de angustias en relación al futuro y empobrecimiento gradual de toda la población.

La ilusión de armonía se desvanece para poner de manifiesto otra realidad. El agotamiento del consenso político que sustentó la modernización rentista-populista, la caída constante de la renta petrolera per cápita y la crisis del sistema populista de partidos tuvo como uno de sus efectos, además del empobrecimiento colectivo de la sociedad venezolana y la profundización de su brecha social, la generación de un perverso mecanismo de exclusión de grupos sociales, que puede calificarse como

Si algún fruto democrático ha madurado en la cultura política venezolana es el derecho de toda persona a participar en el consenso que da vida y sustento al régimen sociopolítico.

de *apartheid social*, y el socavamiento de formas alternativas de liderazgo ciudadano. La aparición y crecimiento de la violencia social en los últimos veinte años, fruto de la exclusión social, han sido el principal alimento de la anomia inoculada al proceso político venezolano. Los detentores del poder perdieron de vista su esencia relativa. Lo creyeron absoluto, desvinculado de su base humana y relaciones sociales. Como tal pretendieron ejercerlo, olvidándose de la historia.

Pariendo el cambio

Durante casi dos décadas los venezolanos vivimos el eclipse de la función política primordial de lograr el bien común. En cambio, se le dio rienda suelta al ejercicio del poder como forma de garantizar privilegios individuales o grupales y se evitó reconocer los mismos derechos del colectivo que exigían no sólo frenar el empobrecimiento y mejorar la distribución de la riqueza, sino devolverle el futuro a la mayoría al construir un proyecto político donde se les reconociera como seres humanos, culturales y políticos.

La explosión social de 1989, el apoyo emotivo de buena parte de la población a los intentos de golpe de Estado de 1992, la indignación común frente a la corrupción generalizada del Poder Judicial y las medidas de protección estatal al sector financiero (crisis bancaria de 1994), mientras la mayoría sufría cotidianamente el deterioro de su calidad de vida, al mismo tiempo que se

percibía cada vez menos tomada en cuenta, han sido signos evidentes de este proceso.

El movimiento democrático venezolano ha estado históricamente vinculado al discurso y el esfuerzo de la integración social. Esa fue la ventaja competitiva de los partidos políticos policlasistas frente las élites modernizadoras. Si algún fruto democrático ha madurado en la cultura política venezolana es la conciencia del derecho primigenio de toda persona a participar en el consenso que da vida y sustento al régimen sociopolítico. Las consecuencias políticas de esta dimensión de la cultura son importantes. En primer lugar, exige el establecimiento de un sistema político inclusivo, es decir, con la amplitud suficiente para que todos encuentren puesto en él, a excepción de los enemigos jurados de la democracia y los creyentes en la violencia como método político. En segundo lugar, fomenta el surgimiento de numerosas y variadas formas de organización ciudadana, en todos los niveles de la estructura. Y en tercer lugar, desarrolla la capacidad de llegar a acuerdos mediante el diálogo y la negociación pacífica.

En este contexto surge la propuesta de la República Bolivariana como alternativa modernizadora y fruto de una revolución democrática. El liderazgo personal que ha ejercido Hugo Chávez Frías se ha convertido en el emblema de esa alternativa. El movimiento ciudadano consciente de la necesidad de promover un liderazgo alternativo, participativo, descentralizado y democrático, no ha alcanzado la madurez suficiente al momento en que el liderazgo partidista deja de ser efectivo y surge la alternativa de la República Bolivariana impulsada por el carisma personal de Hugo Chávez.

El desafío del proceso político de finales de siglo en Venezuela es lograr establecer una nueva correlación de fuerzas en la sociedad cuya resultante sea la creación corresponsable y solidaria de riqueza, la superación de la pobreza y la convivencia ciudadana. Este desafío está todavía muy distante de la propuesta política que hasta ahora Hugo Chávez y el proyecto constitucional en discusión están proponiendo.

ARTURO SOSA

Jesuita, Doctor en Ciencias Políticas